

Librería después de un bombardeo

José María ROMERA



Es un error pretender encontrar en las fotografías lo que estas no dicen. Si la imagen, como predicán los nuevos apóstoles, vale más que mil palabras, resulta ocioso agregar comentarios a lo que por sí solo se presenta elocuente. ¿De dónde, pues, esta propensión a glosar las siluetas, las formas y las sombras, para qué enmarañar en circunloquios la transparente lección de los objetos visibles tal y como son? Sin embar-go hay fotografías que reclaman la palabra porque lo que en ellas se muestra es tan sólo la invitación a la

113

idea, la puerta de acceso a otra estancia donde verdaderamente ocurren las cosas.

La naturaleza, decía Baudelaire, es un templo cuyos pilares dejan salir a veces mensajes confusos, bosques de símbolos entrecruzados que llaman a la reflexión aunque tan sólo sea porque el ojo y el oído nos piden otro acto más profundo que el del simple ensimismamiento contemplativo. Así en esta imagen, a cuyo hechizo nadie puede quedar indiferente. En la fotografía hay un lugar sagrado —pues sagradas son las librerías para quien en ellas encontramos lo que otros buscan en las iglesias— recién desgarrado por el zarpazo de la barbarie. El sacrilegio ha sido un bombardeo nocturno sobre Londres, a consecuencia del cual han caído edificios y las calles presentan ese aspecto desolador de los campos de batalla cuando el silencio sucede al fragor y la muerte. La fotografía da fe de un instante detenido en el tiempo que bien podría ser una estampa del apocalipsis, o un plano cualquiera de esa películas sombrías de la escuela chacinera donde los técnicos de decorado se lucen mostrando las tripas de algo, de una persona, de un animal o, como en este caso, un edificio. Su piso superior aparece como arrancado de un manotazo y lo que antes debió de ser una mesa de novedades, o un holgado pasillo en medio de la sala principal, está ahora cubierto de escombros. En ese montón informe se adivinan los restos de una silla destripada, una escalera, volúmenes malheri-

dos, cajones, astillas. Las vigas caídas forman en la foto una equis de incógnita negra, una cruz de san Andrés que ha querido tachar lo que tres hombres impávidos devuelven a la vida con su visita matinal y flemática a las viejas amistades.

¿Quiénes son estos lectores tenaces bajo la intemperie, piadosos carroñeros o viciosos de la lectura, a quienes no se les ha ocurrido mejor cosa que acudir a la librería acostumbrada quizá buscando en los libros la lealtad negada a los humanos? En su postura se adivina una calma que sobrevive a la calamidad, la señal de los hábitos necesarios como el comer o el dormir, una sigilosa urgencia interior por volver al orden de las cosas primeras y vengarse así de la cólera, o del rencor, o de la humillación. Aparecen plácidos, serenos. De no ser por ese cielo gris que cae sobre el edificio abierto en canal y por la selva de escombros levantada a sus espaldas, se diría que repiten un ritual fuera del tiempo y sus acontecimientos en un lugar donde no pasa nada. Se les ve decorosamente vestidos, pero es principalmente en sus gestos donde se revela la llamada de la dignidad. A la derecha, John examina los lomos milagrosamente alineados de una colección indemne, las manos en los bolsillos del gabán, con parsimonia de inspector detallista. Jack, a la izquierda, no ha podido resistirse a coger un libro, y lo hojea levemente echado hacia atrás. La silueta de James, en primer plano, reproduce el movimiento algo más nervioso de quien, indeciso, tantea entre las estanterías sin saber qué título elegir.

114

James, Jack y John, indiferentes a la historia, pertenecen a una misma cofradía donde a pesar del tiempo y de la indumentaria podemos reconocernos millones de hombres y mujeres. No son seres de otro planeta, ni viven ajenos a los conflictos de su época. Pero saben, porque así está escrito en muchos libros, que son diversas las formas de enfrentarse a la violencia y vencer sobre el crimen, que esta difícil empresa de levantar a la humanidad de sus caídas no consiste forzosamente en indignarse, ni en tomar las armas, ni en sumirse en la postración ni tampoco elegir la acción a la manera que enseñan las alimañas de la selva. Leer, leer, vivir otras vidas para huir de los contratiempos de la nuestra o para enderezarla y alzarla a lo alto, es una forma de resistencia y de victoria.

Erguidos, ajenos a nada que no sea la conversación callada con la letra, los tres hombres ignoran que el ojo del fotógrafo los ha convertido ya en símbolos como aquellos de que hablaban los versos de Baudelaire. Una instantánea que es como un monumento, el monumento al soldado sin fusil, el monumento al lector, los ha detenido ahí, en su ensimismada reconciliación con la cultura, para decirnos algo que, ahora sí, ya no necesita palabras. Ha pasado más de medio siglo desde entonces. Desgraciadamente han sido muchas las ocasiones en que otros miembros de la cofradía se han acercado a librerías malheridas por el obscuro escrutinio de una bomba, de un atentado, del sempiterno oscurantismo que atenta contra las ideas. Pero los libros perviven y se reproducen y vuelven, robustos como esas paredes que a los lados de la fotografía sobreviven con soberana elegancia.